

Por una pastoral de los cuidados en la movilidad forzada: Cuerpos vulnerables, dignidades que resisten

Karina Fonseca Vindas

Coordinadora Red Jesuita con Migrantes
para Latinoamérica y el Caribe

Universidad Rafael Landívar. Guatemala
7 de marzo, 2026

Gracias a la Facultad de Teología de la Universidad Rafael Landívar por extenderme la invitación a dictar esta Conferencia Inaugural del Diplomado Virtual en Pastoral del Migrante, que marca también el inicio del ciclo académico 2026 de la Facultad. Lo hago con gratitud y con una profunda conciencia de la responsabilidad que implica hablar en este espacio. He optado por titular esta conferencia: **“Por una pastoral de los cuidados en la movilidad forzada: cuerpos vulnerables, dignidades que resisten.”**

Quiero comenzar compartiendo desde qué lugar me presento en esta conversación. Y digo conversación en un sentido amplio: no solo este momento o este auditorio, sino el ejercicio permanente de construir consensos, señalar disensos y encontrarnos siempre frente a la posibilidad de contribuir desde nuestras particularidades, historias y experiencias.

Me refiero a reconocer que cada quien habla desde un lugar político concreto. El mío también. Un lugar marcado por mi origen, por mis experiencias, por mi condición de mujer, por las realidades sociales que me han atravesado y por las convicciones que me han traído hasta aquí.

Así pues, no soy académica ni teóloga. No hablo como experta, y tampoco pretendo serlo. Pero que estas aclaraciones no se entiendan como un gesto de falsa modestia. Más bien son una ventana abierta para proponer otros encuadres, otros saberes y, sobre todo, otros sentires.

Hablo como mujer centroamericana, laica y feminista; como comunicadora social y como trabajadora del sector social de la Compañía de Jesús desde hace más de dos décadas. Una trayectoria atravesada por dolores y alegrías, aprendizajes, creatividad y renunciaciones, en el acompañamiento a personas migrantes y refugiadas.

Me alegra reconocerme en este lugar. Les pido acogerlo, nutrirlo y, si es necesario, confrontarlo con gentileza.

Lo nombro porque creo que el lugar desde el que hablamos importa. Importa en la teología. Importa en lo pastoral. Y, sobre todo, importa cuando hablamos de quienes han sido violentados en lo más profundo de su humanidad. Cuerpos vulnerables que, al mismo tiempo, son una fuerza expansiva de dignidad y valentía.

De eso quiero hablarles hoy.

La movilidad forzada en nuestro continente no solo debería llenarnos de indignación; también nos exige comprender y asumir una responsabilidad personal y colectiva frente a lo que acontece. Que no nos digan que todo está perdido. Este minuto en que los drones del odio bombardean sin misericordia **es también el mismo minuto en que, desde muchos lugares -aparentemente pequeños- nacen y crecen razones para no abandonarnos a la desesperanza.**

La movilidad forzada que vemos hoy no son meras estadísticas. **Son señales de un mundo que cambia y que nos interroga sobre cómo acompañamos, cómo nos relacionamos y cómo cuidamos.** América Latina no es solo una región de origen de migrantes; es una geografía de movimiento constante, donde millones buscan nuevas formas de sostener la vida.

En 2024, más de 48 millones de personas de América Latina y el Caribe vivían fuera de su país de nacimiento, lo que representa cerca del 16 % de los migrantes internacionales del mundo. Al mismo tiempo, la migración dentro de la propia región casi se ha duplicado desde el año 2000, pasando del 15 % al 29 % del total. Esto es, cerca de 14 millones de personas.¹

Según datos del ACNUR, para finales de 2024, había casi 8 millones de personas refugiadas y migrantes venezolanas en el mundo, la gran mayoría en América Latina y el Caribe. Más de 1,3 millones de estas personas habían solicitado formalmente asilo, y muchos viven en condiciones de pobreza y con acceso limitado a servicios básicos como alimentación y vivienda digna.²

Desde el arranque de la segunda administración de Donald Trump, el mapa migratorio de la región ha cambiado con un dato que, por sí solo, sacude y es que en el año fiscal 2025³, la Patrulla Fronteriza de EE. UU. registró 237.538 interacciones o detenciones en la frontera con México, cuando en años recientes se registraba hasta 2 millones, el mismo periodo⁴. Ese descenso no significa que la migración forzada haya terminado, sino que el corredor se ha vuelto más caro, más arriesgado. Cambia la forma de moverse, se disparan los peligros en el tránsito y crece el número de personas varadas en Mesoamérica.

Esa reconfiguración se ve con claridad en la Selva del Darién. En 2024 y según datos de Naciones Unidas, cruzaron 302.203 personas, de las 51% eran hombres, 49% mujeres, niñas, niños y adolescentes. Pero en el primer trimestre del 2025 el cruce descendió a 2.831 personas⁵. Cuando cae el registro de personas atravesando el Darién, nos queda claro que lo que atestiguamos es más control estatal, más cierres y operativos, más rutas fragmentadas; y, con ello, más exposición a redes de abuso, endeudamiento y secuestros.

¹ <https://www.cepal.org/es/comunicados/desafios-que-plantea-la-migracion-exigen-respuesta-multilateral-promoviendo-la>

² <https://www.acnur.org/emergencias/situacion-de-venezuela>

³ Que va de octubre 2024 a septiembre 2025

⁴ <https://www.pewresearch.org/short-reads/2026/02/02/migrant-encounters-at-the-us-mexico-border-are-at-their-lowest-level-in-more-than-50-years/>

⁵ <https://www.ohchr.org/en/stories/2025/05/monitoring-motion-migrants-darien-gap>

Volviendo al norte del continente, en el mes de febrero de 2026, el Departamento de Seguridad Nacional de EE.UU. restringió drásticamente los permisos de trabajo para solicitantes de asilo, vinculándolos a tiempos de resolución que podrían tardar décadas⁶. En otras palabras, más espera, más precariedad, más dependencia, más miedo y más brutalidad. Y eso repercute en los países de América Latina, pues se vuelven cada vez más, territorios de “contención”, en medio de sus propias crisis de desigualdad, autoritarismos y muchas otras formas de violencia.

No pretendo abrumar con cifras, pero sí alertarnos sobre la magnitud del momento histórico que vivimos y el desafío que tenemos como Compañía de Jesús para revisar nuestros criterios en el acompañamiento. Parto de varias preguntas que me han interpelado durante mucho tiempo:

¿Qué significa hoy acompañar pastoralmente a personas que migran en medio circunstancias de violencia, precariedad y desarraigo? ¿De qué se trata hablar de una pastoral de los cuidados? ¿Por qué es necesario nombrar el cuerpo herido? Y, al mismo tiempo, ¿por qué no podemos quedarnos solo en el sufrimiento? ¿Por qué es imprescindible hablar también de resistencia y de dignidad?

He organizado lo que les presentaré en cuatro momentos que intentan responder estas interrogantes:

El primero, parte de una convicción sencilla y radical: No hay nada más pastoral que cuidarnos y ello comienza con expresiones de compasión concreta.

El segundo nos invita a reconocer los cuerpos más lastimados que, con incuestionable frecuencia, son los de las mujeres, las niñas y los niños.

El tercero nos llama colocar sobre la mesa las dignidades que resisten y que transforman realidades, para no reducir a las personas migrantes únicamente a su condición de víctimas.

Y el cuarto procura ubicar todo lo anterior en el horizonte de la ecología integral, donde la interdependencia se manifiesta como nuestra apuesta más contundente.

Empiezo contándoles que en el trabajo de la Red Jesuita con Migrantes ha existido una tensión que no siempre se dice con la claridad con la que hoy quiero mencionarla, pero que ha estado presente en nuestras prácticas. Durante décadas hemos hablado en la Red de “acompañamiento socio-pastoral”. Y en ese modo de decirlo se ha deslizado una sospecha, y es que quizás lo que hacemos es demasiado “social” y no suficientemente “pastoral”.

Confieso que durante una etapa larga de mi vida profesional esa idea me inquietó profundamente. Me sentía, de algún modo, en falta. Como si no tuviera las credenciales necesarias para dotar de un enfoque verdaderamente pastoral o consistentemente jesuítico, el trabajo que realizábamos junto a quienes sufrían en los diferentes contextos migratorios.

Muchas veces escuché, de forma directa o ligeramente sugerida, que el acompañamiento a personas migrantes se centraba demasiado en lo jurídico, en lo humanitario, en lo psicológico, en lo sanitario,

⁶ <https://www.reuters.com/world/trump-administration-rule-could-pause-work-permits-asylum-applicants-many-years-2026-02-20/>

en la inserción laboral, en los albergues, en la cooperación internacional, en la defensa de derechos. Y que eso no era realmente pastoral. Guardé silencio por años.

Pero cuando volví a leer el documento inspiracional y fundante de la Red Jesuita con Migrantes, escrito por el Hno. Raúl González hace más de 27 años, comprendí que aquella sospecha no solo era injusta, sino teológicamente limitada. El hno. González afirmaba que la dimensión socio-pastoral es fundamental porque solo en ella podemos comprender el drama existencial del migrante desde dentro; solo en ella domina la experiencia subjetiva sobre la descripción objetiva; solo en ella podemos oír directamente la voz de la persona migrante y desde ahí...guiar nuestro acompañamiento.

Entonces decidí confiar en que acompañar procesos de documentación migratoria, facilitar integración comunitaria, sostener a familias en el origen, brindar asistencia en el tránsito, ofrecer tratamiento psicológico tras un acto violento, no es algo previo o distinto a lo pastoral. Eso, en realidad, es profundamente pastoral.

Hecha esta reflexión, voy al primer momento: [Nada es más pastoral que cuidar la vida](#)

Amigos, amigas si algo he aprendido en todos estos años es que no hay nada más pastoral que acompañar las vulnerabilidades más profundas de las personas y reconocer nuestras propias grietas en el proceso.

No hay nada más pastoral que escuchar una historia de dolor, sin instrumentalizarla.
No hay nada más pastoral que un abrazo oportuno, que un plato de comida caliente, que un colchón limpio donde descansar ojalá varias noches, que curar pies lacerados después de días de caminata.
No hay pastoral que la llamada que llega después de semanas de espera, avisando: “ya crucé” y alegrarse aliviada con esa persona.

No hay nada más pastoral que defender la dignidad humana. Y la dignidad comienza por restituir una humanidad que ha sido humillada. En lo poquito y en lo mucho que sé que hacen miles de personas en toda la ruta migratoria cada día, vive la resistencia amorosa. ¡Gracias a todas ellas y tengámoslas muy presentes!

Entonces, si entendemos lo pastoral como participación en el cuidado de la vida, como un modo de ser y estar, entonces el acompañamiento social es, como yo lo adelanté, radicalmente pastoral. El problema no es que el trabajo sea demasiado social. El problema es que, en ciertos momentos, hemos reducido lo pastoral a una dimensión asociada exclusivamente a prácticas religiosas explícitas y convencionales.

Tal vez, el desafío que tenemos por delante no sea insistir en hacer más cosas convencionalmente entendidas como cristianas. Tal vez el desafío sea algo más incómodo, que es dejar de sospechar de la compasión concreta.

Dejar de pensar que el cuidado material es algo menor, algo secundario, algo menos espiritual. Dicho en un lenguaje más cotidiano, la respuesta humanitaria no es un terreno ajeno a lo pastoral. Acompañar pastoralmente a la persona es atender sus urgencias más inmediatas.

Si niños y niñas con desnutrición crónica cruzan la selva del Darién buscando atención en Panamá o Costa Rica, si una joven embarazada tras una violación sexual en el trayecto se encuentra profundamente deprimida, nuestra capacidad de responder con lo que tenemos, con los recursos disponibles, con sensibilidad, empatía y respeto, no es un gesto accesorio. **Porque antes de cualquier discurso, está el cuerpo agotado y antes de cualquier catequesis, está el hambre.**

Y es justamente allí...donde empieza el cuidado. Allí empieza lo pastoral. Allí comienza lo verdaderamente humano. Y, por ende, lo profundamente divino.

Como lo afirma Jon Sobrino en “Fuera de los pobres no hay salvación”, **los pobres no son solo destinatarios del Evangelio, son también lugar teológico.** Es decir, allí donde la vida está amenazada y donde los cuerpos cargan la marca de la exclusión, se juega algo esencial para la fe cristiana. Desde esta perspectiva, la salvación no es una idea que flota por encima de la historia, **sino es vida que se abre paso en medio de la muerte.**

Por eso es fundamental que aprendamos a pensar y sentir lo pastoral desde el paradigma de los cuidados. Hablar de una pastoral de los cuidados en contextos de migración forzada nos obliga a abandonar la obsesión por las certezas y las jerarquías rígidas.

Durante siglos, la imagen del pastor y las ovejas ha marcado nuestra comprensión de la acción pastoral. Es una imagen poderosa. Pero con frecuencia ha sido leída desde un encuadre vertical y masculino: quien guía y quien es guiado; quien sabe y quien no sabe; quien dirige y quien obedece, quien provee y quien recibe. Una metáfora con múltiples usos, no siempre los más liberadores.

Creo que ha llegado el momento de integrar el cuidado como clave hermenéutica. Cuidar no es dirigir. Cuidar no es controlar. Cuidar no es imponer. Cuidar es reconocer nuestra vulnerabilidad compartida. Cuidar es sostener sin anular. Cuidar se trata de estar... sin dominar.

El paradigma de los cuidados nos invita a pensar en términos de reciprocidad, interdependencia y corresponsabilidad. Cuando acompañamos a una persona migrante no estamos simplemente ayudando: entramos en una relación que también nos transforma. Quien recibe **una manta tibia** nos devuelve humanidad. Nos enseña resiliencia. Nos confronta con nuestras certezas y seguridades personales.

Y algo que me parece central en esta conversación, es que una apuesta por una pastoral de los cuidados no es asistencialista, es más bien relacional. Y aquí surge con claridad el aporte del pensamiento feminista, que sé que es muchísimo más amplio, pero acotaré en las siguientes menciones.

La filósofa Joan Tronto ha insistido en que el cuidado no es un gesto blando, sino una práctica profundamente política que organiza nuestras sociedades.⁷ Cuando observo nuestro acompañamiento frente a la migración forzada, me pregunto si realmente nos estamos organizando desde el cuidado... o si seguimos moviéndonos principalmente en la lógica de gestionar la asistencia para quien sufre.

Porque gestionar no es lo mismo que cuidar. La gestión administra flujos, contingentes migratorios; el cuidado reconoce rostros.

Y no hablo de autoflagelación ni de sacrificio desmedido cuando de cuidar se trata, soy quién más se opone a esas formas. **Cuidar bien no significa desbordarnos hasta desaparecer.** Significa asumir un compromiso profundo, responsable y sostenible con el otro. Y eso conlleva también incluir en la ecuación nuestro propio cuidado, salud física y mental.

Pero igual vuelvo a la idea que acompañar no puede significar solo estar cerca; implica dejarnos afectar. Implica, como sugiere Ivone Gebara, reconocer que nuestros propios cuerpos están implicados en las estructuras que producen exclusión.⁸ Es decir, no se trata de pensar “yo ayudo a los excluidos”, sino de reconocer: “yo también estoy dentro del sistema que produce esa exclusión”, y desde ahí debo contribuir a cambiar las cosas.

Por eso, cuando propongo una pastoral de los cuidados, estoy nombrando una opción espiritual, pero también propongo una opción política.

Segundo momento en esta conversación: Hay, sin embargo, algo que no podemos pasar por alto: Entre los más vulnerables están las mujeres y las niñas, cuyos cuerpos han sido históricamente territorios de violencia, control y trabajo no reconocido.

Desde siempre, los cuidados han estado en manos de las mujeres. Eso no es novedad. En las familias, en las comunidades, en las parroquias, en las organizaciones de base y en los centros educativos, han sostenido la vida cotidiana. Han cuidado enfermos, niños, ancianos, migrantes, personas excluidas de todo tipo. Son las mujeres quienes acarician la fragilidad del mundo sin que esa labor sea plenamente reconocida.

Además, y no es una coincidencia menor, las mujeres y las niñas han sido, y siguen siendo, las más vulneradas en la migración forzada. Sus cuerpos han estado a merced del poder y del control, convertidos muchas veces en objeto de abusos. Esta doble realidad no es casual, **las grandes cuidadoras han sido mujeres.** Y los cuerpos más flagelados también han sido, en gran medida, femeninos.

Hablar de pastoral de los cuidados exige reconocer esas historias y esas asimetrías. Exige que seamos capaces de hacerlas visibles. Exige reivindicar los saberes ancestrales del cuidado. Exige aprender de

⁷ Tronto, Joan C. (1993). *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*. New York: Routledge.

⁸ Gebara, Ivone. (1999). *Rompiendo el silencio: una fenomenología feminista del mal*. Madrid: Trotta.

las mujeres que han cuidado la vida en condiciones muy adversas, incluso cuando sus propios cuerpos estaban expuestos a riesgos. Tal es el caso de Las Patronas en Veracruz, quienes recientemente cumplieron treinta años de un compromiso inmenso e inspirador.

Pero esta realidad exige también algo más profundo: que el cuidado deje de ser una tarea feminizada y se convierta en una cultura compartida.

Y atendamos con honestidad la siguiente consideración. Si miramos con detalle y autocritica nuestras prácticas cuando acompañamos a personas migrantes y refugiadas, o a otros grupos que enfrentan situaciones de sufrimiento, vale la pena preguntarnos: **¿quiénes con más frecuencia preparan la comida? ¿Quiénes se quedan escuchando a las mujeres que lloran? ¿Quiénes cargan a los bebés mientras las madres intentan resolver un trámite o simplemente respirar un momento?**

No lo planteo como una acusación, sino como una invitación a mirar con mayor desnudez nuestros modos de funcionar. Porque si realmente adoptamos el paradigma de los cuidados, tendremos que **reconocer algo muy incómodo, que, como bien señala Ivone Gebara, nosotras y nosotros también formamos parte del mismo sistema que produce exclusión y desigualdad.**

Y parte de los cambios que necesitamos comienza precisamente ahí, en reconocer nuestro lugar dentro de este sistema y preguntarnos qué relaciones estamos **reproduciendo ¿y cuáles estamos dispuestas y dispuestos a cambiar...verdaderamente?**

Se trata de construir una cultura en la que todas las personas asumamos el cuidado como responsabilidad ética y política. Si **queremos dignificar la vida humana y cuidar la casa común, necesitamos una cultura del cuidado que no siga reproduciendo desigualdades, por el contrario, necesitamos que las desmonte.**

Y aquí es importante que todas y todos reconozcamos que el cuidado no puede entenderse como un acto unilateral ni como una intervención jerárquica. Como han reflexionado varias autoras, ***“necesitamos entender los cuidados como una relación social. Necesitamos entender que las personas estamos continuamente en situaciones de interdependencia a lo largo del curso de nuestras vidas.”***⁹

Este planteamiento, desde quienes han profundizado en el tema, derriba la ficción de la autosuficiencia. Nos recuerda que nadie se sostiene solo. Que no hay vida humana fuera de redes de apoyo, de reciprocidad, de mutua dependencia. Y si esto es cierto para toda persona, lo es con mayor crudeza en los contextos de movilidad forzada.

Digo que la autosuficiencia es una ficción cuando recordamos con claridad cómo el cuidado de nuestros hijos y nuestras hijas muchas veces está en manos de mujeres migrantes que, paradójicamente, están separadas de sus propios hijos.

⁹ Pérez Orozco y Baeza Gómez (2006), citadas en Cerri (2015: 117), en Sol Scavino Solari, en Karina Batthyány (comp.), *Miradas latinoamericanas al cuidado*, Buenos Aires: CLACSO, 2020, p. 392.

Cuando vemos cómo la atención cercana y cuidadosa de las personas adultas mayores recae también, en muchos casos, en personas migrantes en países como Costa Rica, Panamá o México. O cuando reconocemos que muchas de las labores que sostienen la vida cotidiana, como la seguridad privada, la construcción, la agricultura, el transporte o el trabajo doméstico, son realizadas por hombres y mujeres migrantes.

Es decir, en el centro del acompañamiento a las personas migrantes, el cuidado aparece con toda su complejidad y nos muestra la doble cara de una cruda realidad: muchos de los cuidados que hacen posible la creación y la continuidad de la vida están en manos de quienes, con demasiada frecuencia, son despreciados, ignorados o borrados.

Las personas migrantes no solo necesitan redes de apoyo para reconstruir su vida en nuevos sitios; también se integran en las dinámicas locales, aportando de muchas maneras. Y eso debemos saber reconocerlo y visibilizarlo.

Si no colocamos el cuidado como un eje estructurante en la manera en que nos vinculamos con las personas migrantes, difícilmente comprenderemos que el acompañamiento debe entenderse en esa **lógica de doble vía**. No se trata únicamente de asistir a quienes llegan en situación de vulnerabilidad, sino de reconocer que, incluso en medio de esa vulnerabilidad, las personas migrantes participan activamente en las redes que hacen posible la vida, en sus muchas expresiones.

Entonces, en el contexto de la migración, **la pastoral del cuidado no es una idea abstracta: es una experiencia corporal. Son pies hinchados después de días de caminata.** Son mujeres que han sido violentadas en el tránsito. Son niñas y niños que han dormido en el suelo. Son hombres agobiados que han perdido el horizonte de lo que significa poder proteger a sus familias.

Hablar de movilidad forzada, por eso amigos y amigas, es hablar de cuerpos. Cuerpos atravesados por múltiples opresiones y maltratos.

Y por eso insisto en que, en el acompañamiento pastoral no podemos eludir que, los cuerpos femeninos han sido históricamente espacios de más dominación y violencia... **y que las mujeres y las niñas migrantes enfrentan riesgos específicos y acentuados, como la violencia sexual, la trata, la explotación laboral, el incesto, el abandono institucional y los embarazos no deseados.**

Una pastoral de los cuidados no puede voltear la cara a esas realidades. Debe mirarlas de frente, con sensibilidad particular, con conciencia de género, con ética y con valentía. Cuidar cuerpos vulnerables implica reconocer la historia del poder que perpetua las lastimaduras sobre esos cuerpos. Implica nombrar las violencias sin romantizarlas e implica acompañar procesos de reconstrucción de la dignidad.

Pero querida audiencia, **tampoco se trata de encasillar a las personas migrantes en la categoría de víctimas eternas.** Esos mismos cuerpos que han sido heridos son también cuerpos que resisten.

Cuerpos que cruzan fronteras con una determinación impresionante. Cuerpos que inventan nuevas formas de comunidad en el camino. Cuerpos que rehacen la vida... una y otra vez.

Sobrevivir no es solo resistir pasivamente. **Sobrevivir es un acto profundamente relacional.** Casi siempre, es posible gracias a la dedicación, al interés y a la participación de otros y otras. La vida se sostiene porque alguien cuida. Y porque alguien acepta o necesita ser cuidado.

Ahí se juega el corazón de una pastoral de los cuidados, cuando somos capaces de reconocer que la vulnerabilidad no es debilidad, sino lo más básico de nuestra condición humana.

Tercer momento: Pero detenernos únicamente en la vulnerabilidad sería incompleto. También debemos hablar de las dignidades que resisten.

Si entendemos entonces, el cuidado como relación social y no como gesto unilateral, entonces también debemos revisar cómo nombramos a quienes acompañamos. Porque cuando hablamos únicamente de vulnerabilidad, corremos el riesgo de fijar a las personas en la herida. **Y una pastoral de los cuidados no puede instalar nuevas jerarquías, como ya lo dije, la “del que ayuda” y la “del que necesita”.**

Si solo vemos sufrimiento, cosificamos y además, corremos el riesgo de instrumentalizarlo.

Las personas migrantes no son únicamente sujetas de necesidad; son sujetas de agencia. Son protagonistas de su historia. Son personas que toman decisiones valientes en contextos sumamente adversos. Nadie atraviesa selvas, desiertos, ríos, mares o fronteras rodeadas de alambres y altas murallas sin una determinación profunda de querer seguir viviendo, de querer seguir cuidando a quienes ama.

Por eso, hablar de dignidades que resisten es reconocer que, incluso en medio del despojo, hay humanidad, creatividad, fortaleza y hasta alegría que se nos comparte. No se trata de romantizar el sufrimiento ni de negar la gravedad de las violencias. Se trata de devolver la centralidad a la persona y su dignidad.

Y esto se entiende mejor cuando recordamos que el cuidado no es solo una tarea, sino una relación. Esa dimensión relacional rompe la lógica binaria del que cuida y el que es cuidado. Nos coloca en un terreno de interdependencia, donde nadie es únicamente fuerte... ni nadie es únicamente débil.

La pastoral de los cuidados no mira desde arriba ni mira con lástima. Mira reconociendo humanidad compartida. No hay sujetos fuertes que salvan y sujetos débiles que esperan ser salvados. Hay vidas que se sostienen mutuamente en medio de la fragilidad global, en diferentes lugares y momentos de la vida.

Cuidar también implica desapegarnos de la ilusión de control. Quienes acompañamos sabemos que muchas cosas no se resuelven. Que los sistemas de exclusión son profundos. Que el contexto planetario es doloroso. Que las políticas cambian más lento que las urgencias humanas.

Una pastoral de los cuidados requiere aprender a actuar movidas y movidos por el amor y no por la obsesión de ser eficientes, profesionales y muy capaces. Amar no es ingenuidad; Amar es todo. Es optar por permanecer aun cuando no tengamos todas las respuestas, ni las habilidades. Es sostener procesos, aunque no controlemos los resultados.

Y es que desapegarnos de las certezas no significa renunciar a la lucha por justicia. Significa reconocer nuestra vulnerabilidad y actuar desde esa claridad difícil de aceptar y asumir. Significa comprender que acompañar no es dirigir la historia del otro, sino caminar a su lado, sabiendo que también él o ella nos cambia.

Debo reiterar que, contribuir a que se restituya la dignidad humana, cuando ha sido herida, constituye una postura política y espiritual. Es afirmar que, incluso en el sufrimiento, la dignidad no desaparece.

Todo lo anterior nos conduce a un horizonte más amplio: pensar la migración forzada desde la ecología integral. Este es el cuarto momento de mi presentación.

Si algo requerimos aprender al hablar de cuidados, de cuerpos vulnerables y de dignidades que resisten, es que nada de esto ocurre en habitaciones separadas. La migración forzada no es un fenómeno desconectado de la economía, de la política, de la cultura, de la fe o del medio ambiente.

Que las personas se vean obligadas a huir de sus países y que no sean acogidas fraternalmente es expresión de un mundo fracturado en sus relaciones más elementales.

Cuando la Compañía de Jesús habla de ecología integral, nos recuerda algo que quizás ya hemos intuitido a lo largo de esta reflexión: todo está interconectado. Como afirma el papa Francisco en *Laudato Si'*, “todo está conectado” (LS 91). La interdependencia no es una metáfora; es una realidad concreta. Lo ambiental, lo social, lo político y lo espiritual no caminan por veredas paralelas. Se entrelazan. Se afectan mutuamente. Se sostienen o se destruyen juntos.

La movilidad forzada de personas es una herida abierta en esta trama de relaciones. Hay migraciones provocadas por la violencia directa, por la persecución política, por la pobreza estructural; pero también por el deterioro ambiental, por el despojo territorial y por modelos económicos que rompen comunidades enteras. Como recuerda también *Laudato Si'*, “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental.” (LS 139).

Por eso, hablar de pastoral de los cuidados en contextos de migración forzada es, inevitablemente, hablar de ecología integral. Cuidar no es únicamente asistir. No es únicamente proteger a alguien en tránsito. Cuidar es reconocer que la vida humana está conectada con sistemas más amplios que necesitan funcionar de otra manera. Cuidar cuerpos vulnerados implica también cuidar las estructuras que los producen. Cuidar la dignidad de quienes migran exige preguntarnos por el tipo de sociedad de la que somos parte.

La interdependencia se vuelve entonces el centro de nuestra comprensión y de nuestra acción. No somos autosuficientes. No lo son las personas migrantes. No lo son nuestras obras. No lo son nuestras redes. No lo es el planeta. La ficción de la autosuficiencia -tan arraigada en la cultura contemporánea- se desmorona frente al drama migratorio. Cada paso en el camino, cada albergue, cada manifestación solidaria, cada iniciativa comunitaria nos recuerda que sobrevivimos porque otros y otras se involucran en nuestra historia.

En este sentido, la ecología integral no es un concepto abstracto que añadido a esta reflexión. Más bien, es la consecuencia de reconocer la centralidad del cuidado.

Si todo está conectado, entonces el modo en que acompañamos a un adulto mayor que busca trabajo en la ruta migratoria tiene que ver con las prácticas de descarte presentes en los ámbitos laborales de nuestras sociedades. El modo en que protegemos a una niña haitiana que llega a un centro educativo en Brasil tiene que ver con el lugar que damos a la diversidad cultural. Y el modo en que acogemos a una familia desplazada de su parcela rural que llega a la ciudad tiene que ver con el equilibrio de nuestra casa común.

Como sector social de la Compañía de Jesús, se nos ha insistido en la necesidad de integrar esta mirada. Pero integrarla no significa repetir conceptos. Significa dejarnos afectar por ellos. Significa comprender que el cuidado no puede reducirse a la eficiencia de nuestros programas, ni a la gestión de proyectos, ni a complacer a los cooperantes. Significa aceptar que acompañar implica involucrarnos en procesos largos, complejos, a veces frustrantes, pero profundamente humanos.

Volvemos así al inicio de esta conferencia, nada es más pastoral que cuidar. Y cuidar, hoy, es reconocer la interdependencia radical que nos constituye. Es abandonar la pretensión de control absoluto. Es actuar movidas y movidos por el amor y no por el éxito individual. Es sostener cuerpos heridos sin olvidar que forman parte de un entramado mayor que necesita ser sanado.

En este diplomado de pastoral migrante, me gustaría contribuir con una orientación práctica. Que es invitarnos a formar agentes capaces de leer la migración forzada no solo como emergencia humanitaria, sino como signo de los tiempos. Invitarnos a construir liderazgos que no reproduzcan jerarquías estrictas, sino que promuevan ternura, empatía y respeto.

Invitarnos a fortalecer redes que comprendan que la dignidad humana y el cuidado de la casa común son inseparables.

La migración forzada nos coloca frente a una pregunta ética profunda: ¿desde dónde acompañamos? ¿Desde la lástima? ¿Desde la gestión de recursos? Y claro que son necesarios y debemos exigirlos. O acompañamos ¿desde la conciencia de que nuestra propia humanidad está implicada en esas historias?

Situar la migración forzada en el horizonte de la ecología integral es afirmar que no podemos salvar a las personas sin darle un giro drástico a las relaciones que hacen posible la vida digna. Es afirmar que la justicia social y el cuidado del planeta no son agendas paralelas. **Es reconocer que el cuerpo que cruza una frontera lleva consigo la memoria de una tierra herida y la esperanza de un mundo distinto.**

Tal vez, en el fondo, de eso trata la pastoral de los cuidados.

Y aquí quiero terminar donde comenzamos: hablando desde mi humanidad imperfecta. No como teóloga, no como religiosa, no como experta en doctrinas, sino como mujer que ha visto, escuchado y aprendido de cientos de historias de movilidad forzada. Lo que esas historias me han enseñado es que el cuidado transforma. Que la dignidad resiste. Que la interdependencia nos sostiene.

Si logramos integrar estas cuatro palabras: cuidado, cuerpos, dignidad e interdependencia, en nuestra práctica pastoral, entonces estaremos respondiendo con honestidad al desafío de nuestros tiempos. No contaremos con soluciones mágicas. No desaparecerán las fronteras de un día para otro. Pero habremos elegido un lugar ético y espiritual desde donde actuar, sin abandonarnos a la desesperanza.

Un lugar donde la pastoral no se reduce a palabras, sino que se encarna y nos confronta con nuestras historias y con nuestro sentido de vida.

Un lugar donde el cuidado es categoría teológica y política.

Un lugar donde la migración forzada no son cifras, sino son rostros.

Un lugar donde entendemos, finalmente, que cuidar la vida humana es también cuidar la casa común.

Y en ese horizonte, quizás, podamos seguir caminando juntas y juntos.

Muchas gracias.